

fueron sus últimas órdenes. Seré paciente y generosa.

Volvió á sentarse al piano y poco á poco la paz que la producía el arte descendió sobre su alma fatigada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. AUTÓNOMA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.M.

XIX

Olga, al regresar á su casa, halló ausente á su madre, lo cual sucedía con frecuencia. Despidió á su camarera, que la había acompañado en la expedición, sumiéndose en meditaciones, sentada en el fondo de un mirador cubierto, contiguo al salón amarillo. Lo que entonces meditó y resolvió, lo decía su semblante con una expresión de valor y de firmeza hasta entonces tan desconocida, que su madre al regresar la miró con detención.

—¡Dios mío, qué aspecto! ¿De dónde vienes con esa cara tan adusta?

—Mamá, tengo algo que decirle—repuso evasivamente la joven.—¿Puedo hablarle de un modo confidencial?

La princesa miró á su hija con profunda atención.

—¡Pardiez!—se dijo,—¿habrá cometido alguna tontería?—Ven á mi tocador—repuso con seriedad,—hablaremos mientras me visto para la comida.

Pasó delante, y su hija la siguió hasta la magnífica habitación, fresca y perfumada, que le servía de gabinete-tocador. Una camarera, traída exprofeso de la Rusia pequeña, para tener más seguridad de que no sabía el francés, vino á ayudar á la princesa,

y Olga se sentó sobre un canapé bajo, enfrente de su madre, que se puso ante un espejo grande.

—Mamá, hoy me han referido una historia bien extraña y quisiera que usted la supiese.

Encantada por saber que el estado especial en que halló á su hija, provenía simplemente de una historia novelesca, hizo un ademán de asentimiento mientras se quitaba su traje.

—Figúrese usted, mamá—empezó diciendo la joven,—que en un instituto de señoritas ha sucedido hace tiempo una cosa bien extraña. Varias alumnas del último curso habían pensado divertirse á espaldas de las señoras de clase, y como en los institutos no es mucha la diversión, y son raros los medios de distraerse, inventaron una diversión bastante peligrosa.

La princesa sonrió con indiferencia á la vez que se ocupaba de su tocado. Olga continuó.

Entre los jóvenes que recibía la señora superiora, pues su familia era numerosa y además conocía á mucha gente, había dos que más de una vez se detuvieron un instante á conversar con las señoritas que iban y venían por la escalera; un tercero, que tenía entrada en casa de la directora, imaginó proponer una noche á varias alumnas una cena en el refectorio cuando todo el mundo estuviese acostado. Entre ellas, había una joven muy glotona, y aceptaron.

—¿Que patrañas me estás contando?—dijo la princesa frunciendo sus olímpicas cejas.

—Es la pura verdad, mamá, se lo aseguro á usted. Las alumnas, pues eran tres, salían del dormitorio

á las once de la noche, pasando por delante de la señora de clase, que roncaba como un cañón de órgano, bajaban al refectorio, y allí los jóvenes, que habían llevado provisiones, cenaban con ellas en secreto.

—¿No se las sorprendió en tan hermosa ocupación?—preguntó la princesa, que comenzaba á divertirla el relato.

—Precisamente, querida mamá, la directora les sorprendió un día, pero aquel día las señoritas no bajaron al refectorio, sospechaban ser objeto de vigilancia, y la superiora no encontró más que á los caballeros.

—¿Y bien; supongo que no les haría sufrir penitencia?—dijo la princesa riéndose á su pesar, imaginando la cara que los tres jóvenes pondrían ante la vieja superiora.

—No, mamá, probablemente hasta es fácil que nada hubiese sucedido si una criada no hubiera charlado. Pero al siguiente día, todo el instituto era conocedor de la historia; era preciso hacer un escarmiento. Ya comprende usted, mamá—agregó Olga con amargura,—no se podía dejar impune semejante violación de los reglamentos.

—Yo conozco esa historia—respondió la princesa buscando en su imaginación un recuerdo que no había dejado rastros.

Esa aventura de instituto le era conocida hacía tiempo. Una vez segura de que la culpable vivía retirada, no había tenido motivos para acordarse más.

—Creo que sí, mamá; cuando menos es probable que hace tiempo se la contarán á usted.

—Se expulsó á la joven—dijo la princesa.

Olga buscó con trabajo algunas palabras, luego alzó sus ardientes mejillas, los ojos llenos de fuego y dijo mirando á su madre con fijeza:

—Es que usted no puede imaginarse, mamá, lo que ha sucedido: es que el reglamento exigía una víctima, sin fijarse en que fuese culpable ó no. En efecto, se expulsó á una joven; pero esa joven era inocente.

—¡Cómo!—exclamó la princesa levantando la mirada.

Detúvose petrificada, tan nuevos y extraños eran los sentimientos que vió en los ojos de su hija.

—Sí, madre mía, era inocente, y en la actualidad no puede ganarse la vida porque la creen culpable; no le queda más recurso que morir de hambre, mientras que las verdaderas culpables viven tranquilas, felices y estimadas de todos. ¿No es esto horrible?

—En efecto, es horrible—murmuró la princesa, —¿pero no podrá ser una invención de esa señorita para hacerse la interesante?

—¡Madre!—exclamó Olga, pálida de indignación.

—Pero, en fin—dijo la gran señora,—¿qué interés podrían tener en castigar á una inocente? Eso supone atroces maquinaciones... No creo una palabra de esa historia. ¿Quién te la ha contado?

—¡Madre!—exclamó por segunda vez la indignada joven,—la víctima inocente es Ariadna Ranine, y una de las culpables... soy yo.

Olga miró á su madre frente á frente, no para desafiarla y sí para afirmar sus palabras.

—¡Tú, tú!—repuso la princesa creyendo loca á su hija.

—¡Yo! Y tuve la cobardía de dejar que expulsasen á Ariadna, cuando mi primer deber era proclamarle culpable. La vi caer sin conocimiento; oí sus quejas, la acompañé hasta la puerta y no la dije nada. Pero si no he hablado, madre mía, es que en aquel momento no sospechaba que una inocente quedase deshonrada para toda su vida; no, no lo creía, y al pasar tres meses ya no volví á pensar en ello. En este momento, pienso en usted, madre mía, y en mi padre; pienso en el nombre que llevo, y me pregunto si vuestra hija hubiese sido expulsada de ese modo... os moriríais los dos de vergüenza; pero Ariadna no tiene ni padre ni madre.

Olga se calló. La princesa había retrocedido algunos pasos. Toda aquella escena se desarrolló hablando en francés, y la camarera, creyendo que discutían, tomó el partido de salir, tardando bastante en volver.

—¡Tú, una Orline!—dijo la princesa.—¡Tú dar una cita! Cenado de noche...

—En el refectorio—objetó con dulzura la culpable.

—¿Es posible que hasta semejante punto olvidases tus deberes?

—Soy culpable, madre mía, y me acuso de ello; pero nunca me enseñaron lo que á mí misma me debía. En el instituto nos explicaban reglas banales y pedantes; buenas para todo el mundo y para nadie; además, siempre se ha respetado el que Olga Orline pudiera hacer cuanto se le antojase. Veía impunes mis desobediencias, pasar desaperebidas

mis malicias, no porque dejasen de ser conocidas sino porque no se me quería castigar. Unicamente á vuestro lado, madre mía, desde que tengo la dicha de vivir bajo vuestra égida, es como he aprendido mis deberes y me he avergonzado al recordar mi falta... Solamente hoy, es cuando comprendo el mal que he causado á una inocente, cuando veo que mi silencio, más que una falta, es un crimen.

—¡Un crimen! Supongo que irás á descubrirle—dijo la princesa con todo el orgullo de la gran señora que desprecia á una plebeya.

—Si no hay más medio que rehabilitar á Ariadna que ese, preciso será que lo haga—repuso Olga con valor.

Hubo silencio.

La princesa miró en torno suyo, vió que era tarde y llamó á su camarera.

—Ve á vestirme—dijo á su hija.—Ya hablaremos después.

—Madre mía, ¿me perdonas?—preguntó Olga con dulzura, con toda la sumisión y gracia que en ciertas circunstancias sabía desplegar.

La princesa no pudo mantenerse inflexible; ¡había pasado ya tanto tiempo! ¿Quién podría acordarse de aquella historia? Sonrió, se dejó besar por su hija la mano que acariciaba con ternura.

—Ya lo veremos—repuso.

Pero ya la había perdonado.

XX

Aunque la princesa estaba bastante maleada por su vida de mujer feliz y frívola, tenía el corazón generoso, y su juicio, falso en circunstancias ordinarias, por la costumbre de una larga y despótica dominación sobre los que le rodeaban, era justo en las ocasiones graves.

Durante la comida y las horas que la siguieron, á la vez que conversaba con los concurrentes, se trazó un plan de conducta, y cuando su hija fué á buscarla al tocador, ya tenía preparada una solución.

—Te he comprendido bien—le dijo;—te reconoces culpable de un perjuicio causado á la joven de quien me hablaste, y deseas repararle.

Olga, por toda contestación, se arrojó al cuello de su madre, abrazándola con frenesí.

Esta prueba de ternura ablandó aún más el corazón, ya bien predispuesto, de la princesa.

—Pero antes, cuéntame cómo has sabido las consecuencias de aquel desgraciado suceso.

Con algunas frases, Olga puso á su madre al corriente de la existencia de Ariadna desde su expulsión del instituto.

—Si usted la hubiese visto, mamá—dijo al con-

cluir,—¡ si supiese con que nobleza soporta su infortunio! ¡ Y cuando se piensa que no puede encontrar un asilo!...

—He pensado—dijo la princesa—que si nosotros la damos un dote regular, con el capital podrá casarse, y con la renta tendrá con que vivir...

—¿ Y dónde quiere usted, querida mamá, que esa pobre joven encuentre un marido si no vive entre una sociedad honrada?—repuso Olga.—¡ Los maridos no irán á buscarla en una casa que no sea decente, y no la quieren recibir en ninguna parte!

La princesa guardó silencio; en efecto, la situación era dificultosa.

—¿ Sabe usted, mamá querida, lo que habría que hacer para que renaciese la paz en mi conciencia? pues mi conciencia me hace desde largo tiempo todos los reproches que su bondad de usted me economiza. Abrir á Ariadna esta casa.

—¡ Que venga aquí!—dijo la princesa.—Me alegraría mucho poderle manifestar los sentimientos que se merece. ¿ Sabe que tú has sido la causa involuntaria?...

—No, mamá, no sabe nada; apenas si ha sabido desde hace poco tiempo que se sospecha de su conducta. Pero, mamá, hacerla una dote sería precisamente decirle la verdad, y yo que la conozco, puedo afirmar que rechazaría los beneficios de usted en cuanto supiera... ¿ Sabe usted, mamá, lo que había que hacer para ser una verdadera Orline, grande y generosa como todos los de nuestra raza? Tomar á Ariadna bajo nuestra protección, tenerla en nuestra casa.

—¡ En nuestra casa!—exclamó la princesa.

—En nuestra casa, querida mamá. A los ojos del mundo, sería para darme lecciones de música... ¡ Oh, no, tema usted nada, apenas aprenderé!—agregó la joven, pues á la princesa no le gustaba la música en su casa; en cambio, la adoraba en la de los otros, en donde no oía los estudios preliminares.—Ariadna es una gran artista, su música no puede molestarla: ¡ es tan dulce, está tan bien educada! Con frecuencia, yo estoy sola, me haría falta una señora de compañía... Y además, mamá, si no tiene asilo, la culpa es mía... ¡ Si usted me ama, si verdaderamente me ha perdonado, hará lo que yo la pido!

—¡ Sea!—repuso.—Mañana irás á buscarla.

Olga miró su reloj y vió con pesar que era demasiado tarde para ir á buscarla aquel día ó por mejor decir aquella noche.

Cubrió á su madre de caricias de gratitud; y, llena de gozo, se fué á su habitación, en donde apenas pudo conciliar el sueño.

XXI

Hacia ocho días que Ariadna estaba instalada en la casa Orline, cosa que le parecía un sueño. Había recibido tantas pruebas de estimación y amistad por parte de la princesa y Olga la trataba con tanta delicadeza, que la huérfana no podía creer en tan hermosa realidad.

Sin embargo, pronto se acostumbró á su nueva posición, pues sus instintos la impulsaban hacia todo lo que era elegante y rico.

La única cosa sensible para ella, fué quitarse el luto por su bienhechora, después de habérselo rogado Olga mucho.

A la princesa, como á la mayor parte de las señoras rusas de su época, no le gustaba que se llevase duelo en su casa, y en este punto fué preciso ceder.

Por dulce que fuese la existencia de Ariadna, comparada con la que podía esperar de su soledad, el corazón de la pobre joven sufría cruelmente, asaltado por quiméricos escrúpulos. Temía causar perjuicios con su presencia á Olga, y acabó por decirselo.

La princesa tranquilizó á la huérfana, pero fué de una manera que produjo otra llaga en su corazón

tantas veces herido.

—Ninguna sospecha—dijo la gran señora—puede manchar á la que yo protejo con mi hospitalidad. En mi casa está usted á salvo de todo, señorita.

Ariadna dió las gracias, pero con el corazón oprimido. ¡Veía que no era estimada por ella misma! Sin embargo, tuvo que acostumbrarse á esta idea, pues, nada podía reparar el ultraje del pasado.

La princesa había exigido de Olga que no revelase la verdad á su amiga: era la única condición que había puesto para admitir á Ariadna en su casa.

La casa Orlin era magnífica y se veía muy frecuentada: se daban convites todos los martes; dos veces al mes, durante el invierno, se daban bailes; un día á la semana tenían palco en los Italianos, y este palcò fué para Ariadna manantial de indescriptibles goces.

La princesa se servía poco de él, y enviaba á su hija con Ariadna y una acompañante cualquiera, elegida entre las numerosas parientes feas, pobres y viejas, á las cuales, de vez en cuando, proporcionaban alguna diversión. Allí Ariadna conoció cuantos éxtasis puede producir la música en un alma verdaderamente hecha para sentirla y su talento adquirió más fuerza y madurez.

Hacía cerca de dos meses que estaba en casa de la princesa, cuando un lunes, estando en la ópera italiana, notó que sobre ella se fijaban obstinadamente unos gemelos, pareciendo llamar su atención.

Primeramente fingió no notarlo, pero los cristales la seguían con tanta persistencia, que tomó el único

partido que en semejante caso se puede seguir; á su vez se armó con el binóculo, paseó una mirada distraída por el salón, la fijó con desdén sobre los gemelos y fría y desdeñosamente dejó caer los lentes permaneciendo indiferente.

Los gemelos se ocultaron y en su lugar halló Ariadna dos ojos negros menos grandes que los cristales, redondos y negros: eran los del general Frémof.

La joven no pudo reprimir un movimiento nervioso; sólo había visto una vez al general, en su segundo concierto, pero el recuerdo del dolor más vivo que sufrió en su vida hizo que aquel semblante le quedase tan grabado que no le pudo olvidar.

En vano quiso pensar en otra cosa, absorberse en la música, aislarse con pensamientos serios y generosos; no pudo lograrlo, la mirada de aquel hombre y el recuerdo de sus palabras que la persiguieron sin piedad hasta el amanecer, durante largas horas de febril insomnio.

—¡Mientras no le vuelva á ver nunca!—se decía.

No se atrevía á esperarlo, ya era algo el haber pasado dos meses sin encontrar á aquel hombre que le era odioso.

No pasó mucho tiempo sin que volviese á verle.

El siguiente jueves era día de baile; llegó temprano, como el que quiere aprovechar un buen rato de conversación libre de importunos.

—¡Hemos estado mucho tiempo sin verle, general!—dijo la princesa indicándole un asiento á su lado.

—He dado una vuelta por mis tierras—repuso el

general;—partí al siguiente día de un concierto magnífico dado en la sala de Cantores...

Sus ojos se fijaron en Ariadna y la princesa lo notó.

—Probablemente sería el que dió esa señorita—repuso señalándola con el abanico.

El general aprovechó la venida de un nuevo personaje para acercar su silla á la de Ariadna.

—Yo soy ya uno de vuestros más ardientes admiradores, señorita—agregó bajando la voz,—y de usted solamente dependerá el que lo sea más.

Ariadna, sintiendo el insulto, enrojeció de pies á cabeza. Sus hermosos hombros se sonrosaron de repente, y el general los contempló como un buen aficionado examina un cuadro.

Nuevos invitados rodearon á la princesa; la joven retrocedió para hacerles sitio, pero el general no era hombre que se dejase quitar el puesto.

—Inscríbame usted, al menos—le dijo aún en voz más baja;—si su corazón está por ahora ocupado, acuérdesese que he pedido mi turno.

—¡Caballero!—dijo Ariadna apretando los dientes, —¡es usted un cobarde!

La princesa se volvió con rapidez, era la única que había oído, no la provocación y sí la respuesta; la mirada que el general fijó en Ariadna había indudablemente despertado sus sospechas.

El general se alejó pavoneándose, no sin añadir una mirada maligna á la serie de inconveniencias que acababa de lanzar á Ariadna.

El único medio de disculpar su conducta, es confesar que profesaba la peor opinión sobre todas las

mujeres, lo mismo en general que en particular: era uno de esos hombres demasiado débiles para tener carácter, que pueden hacerlo todo y que con frecuencia se inclinan al mal. Tan convencido estaba de la perversidad femenina, que calumnió á Ariadna con la misma tranquilidad con que se hubiese bebido un vaso de agua; ahora acababa de insultarla con igual facilidad; la creía autora de interminable serie de aventuras, después de la primera; y para él, ¿qué cosa más natural que recordar á una mujer bonita, y no cruel, que tenía sus homenajes á su disposición?

La princesa había visto la actitud de Ariadna y oído sus palabras; temiendo algún incidente, trató de evitarlo y dijo llamando á un joven que hablaba ante Ariadna, pálida aun:

—Señor Constantino Ladof; la señorita Ranine.

—Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de concederme el primer baile?—dijo la armoniosa voz de Constantino.

Ariadna, pálida, enrojeció; inclinóse maquinalmente, pasó su brazo entre el del caballero y respiró más á gusto viéndose admitida entre las parejas del baile.

—¡Ah, señorita!—dijo el joven,—¡si usted supiese cuántas cosas he tenido que hacer para llegar á conocerla! Su voz me ha producido tal impresión que he estado dos noches sin dormir. ¡Son los ángeles quienes le han enseñado á cantar de ese modo! Sabe usted que, es tonto confesarlo aquí, durante el baile, ¡me ha hecho usted llorar!

Ariadna le miró. Los ojos azules del joven, tan

sinceros, tan honrados como sus palabras. Sonrió, pensando que aquel al menos no la despreciaba.

Al final de la velada, cuando la gente se iba retirando, el general Frémof, siempre contento de sí, se acercó á la dueña de la casa para despedirse y recibió un cumplido que no esperaba.

—General, es usted un mal sujeto—le dijo á media voz, con entonación de reproche,—el más agradable de los malos sujetos, pero entre solteros ó en casa de señoras de edad que nada han de temer. Yo tengo jóvenes á quien casar; usted podrá venir á verme cuando no haya solteras en mi casa.

—Entender es obedecer—dijo Frémof con galantería, besando la mano que le plantaba en la puerta.—Trate usted de que sea muy pronto, princesa.

La princesa no pudo dejar de reirse. Sin embargo, Ariadna no debía olvidar aquella afrenta.

XXII

—¡No se puede hablar así!—pensaba Ariadna, sentada sobre el pequeño canapé de su habitación en ese estado de descorazonamiento que sigue á las grandes indignaciones,—hay hombres que creen tener derecho á insultarme, con frialdad, deliberadamente. ¿Cómo me justificaré? ¿Quién me salvará? ¿Quién les dirá en la cara: ¡Miente usted cobardemente!

Ariadna no esperaba que nadie la ayudase, así es que tomó la resolución de retirarse todo lo posible de la sociedad en medio de la cual vivía. El sacrificio se hizo sin aparato, sin vacilación y hasta sin pesares. Aquel mundo no estaba hecho para ella y no podía encontrar en él afecto serio: lo atravesaba como recorre un pájaro todas las regiones que le separan de su nido. El arte era su verdadera patria, y era en el arte donde hallaría todos los placeres que la recompensasen de tantas penas.

Esta resolución le proporcionó la gran tranquilidad que de vez en cuando la invadía, después de las luchas interiores.

Dos años faltaban aún para el plazo fijado para la terminación de sus penas; y aguardaba el final sin